

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE QUITO.

SERIE III. } Quito, noviembre 30 de 1889. { NUMERO 24.

POETAS ECUATORIANOS DEL SIGLO XVIII.

JOSÉ OROZCO.

En la noble y antigua villa de Riobamba, cuna de ilustres ingenios, que fué arrasada por el horrendo terremoto de 1797, nació, según toda probabilidad, el notable autor de *La Conquista de Menorca*, José Orozco, en marzo de 1733. A falta de otros documentos auténticos, nos apoyamos, para fijar el lugar de su nacimiento, no sólo en la constante tradición y el haberse conservado su apellido en Riobamba, sino principalmente en su parentesco con el P. Velasco, afirmado por él mismo en el romance que dedicó á este Padre, en són de amistosa queja, cuando insertó aquel poema en el primer volumen de la Colección de Faenza.

El vínculo de la sangre,
Realzado con el afecto,
De disculpa servirá
De un nunca temido yerro.

Orozco, lo mismo que Velasco, Aguirre y Viescas, entró y se educó en la Compañía de Jesús, que tan floreciente se hallaba en la audiencia de Quito, á mediados del pasado siglo. Ignorada esta circunstancia por los Sres. Mera y Molestina, cuando publicaron el poema de Orozco, se ha creído generalmente que éste sería uno de tantos criollos que, trasladándose desde jóvenes á la Península, permanecieron allí y fueron más españoles que americanos. No, es preciso repetirlo, el cantor del Duque de Crillon se

instruyó y aficionó á las bellas letras aquí en los colegios quiteños de la Compañía; no fué estrella solitaria en nuestra literatura, sino más bien la primera de la brillante constelación de jesuitas literatos que el bárbaro decreto de Carlos III alejó del cielo de la patria.

Orozco ingresó á la Compañía en agosto de 1748, como lo asegura el Catálogo de la provincia quitense; (1) según el cual asimismo nuestro religioso, por los años de 1761, regentaba la cátedra de Gramática y cuidaba de la biblioteca, en el colegio de Guayaquil, ejerciendo también ocasionalmente el ministerio sacerdotal, como operario. (2)

En 1767, despidióse para siempre del caro suelo de la patria, desterrado á extranjeras playas por la despótica orden de Carlos III. A principios del año siguiente, después de larga y penosa navegación, se hallaba con sus compañeros en el Puerto de Santa María. El 10 de junio, según el diario del P. José Péramas, se embarcaron los jesuitas de Quito con rumbo á los Estados Pontificios, no sin haber antes resistido á las asechanzas de quienes deseaban vivamente hacerlos desertar de la Compañía. (3)

Llegados á Italia, fueron en un principio distribuidos entre los colegios de jesuitas italianos, hasta que el Breve de Clemente XIV, en 1773, suprimió su Instituto y los desparramó. Contaba á la sazón cuarenta años de edad el Padre Orozco, quien desde entonces, secularizado á pesar suyo, vivió sin más recursos que la miserable pensión que le pasaba el monarca español, sin más amparo que el de la hospitalidad, sin más consuelo que el trato familiar con los que fueron sus hermanos en religión. Trayéndose á la vista todas estas angustiosas circunstancias, no es ya difícil ponderar cuánto de tristeza y amargura contiene la hermosa y sentida estrofa de Orozco.

Como en contrario clima degenera
No pocas veces desgraciada planta,
Aun cuando cuidadoso más se esmera
En su cultivo aquel que la trasplanta:

(1) *Catalogus personarum et officiorum Provinciae quitensis Societatis Jesu, con-*
fectus anno 1761.—Quiti, typis ejusdem Societatis.

P. Orosco Josephus.—Natus, mar. 1733.—Ingressus, aug. 1748.—(pag. 34).

(2) *P. Josephus Orozco, Prof. Gram., Præf. Bibl. & temp. Oper.*—(pag. 16).

(3) 10 de junio. Embarque de los Jesuitas de las cuatro provincias de Méjico, Lima, Quito y el Paraguay.....

Tal mi Musa infeliz en extranjera
Región se ve degenerar, si canta;
Aura nativa fáltale, y con ella
El dulce influjo de benigna estrella.

Estos versos, que salían del corazón del pobre desterrado, mal pudieran convenir al cortesano de Carlos III, que se creía ser D. José Orozco. ¿Cómo cantaría el vate riobambeño, en su juventud, cuando le acarciaba la frente *el aura nativa*, cuando todo en torno suyo era gozo, dicha y tranquilidad? Imposible es dar respuesta á la pregunta; y aun diríamos que, á no ser expatriados los jesuitas quiteños, el poema de Orozco ni se hubiese escrito, ni conservado.

Acercábase ya el ocaso de la vida del poeta, cuando la reconquista de Menorca, arrebatada á los ingleses que la habían poseído más de medio siglo, llenó de regocijo á todo buen español, haciendo brillar los últimos reflejos de la gloria ibérica que se apagaba, y vino á excitar el entusiasmo poético de Orozco y *despertar el estro que en él dormía*, desde que se inició la persecución contra su amadísima madre, la Compañía de Jesús.

Por cuatro lustros en su obscuro seno
Un letargo funesto me oprimía,
Teniéndome apartado del ameno
Comercio de las Musas, de que huía:
Cuando marcial estrépito, cual trueno,
El estro despertó que en mí dormía.

El poema de *La Conquista de Menorca* fué escrito en 1782 y dedicado, este mismo año, al héroe de esa célebre hazaña guerrera, el Duque de Crillon. Sin duda alguna, Orozco procuraría que su obra llegase á manos del Duque. Pero si éste la apreció, como era justo, si la hizo dar á la imprenta, si recompensó á su entusiasta cantor, es punto que no podemos resolver. Más nos inclinamos á pensar que el vencedor se curó poco de este homenaje de un desconocido criollo americano, y el poema quedó inédito, y sólo el Padre Velasco se acordó de él para salvarle del olvido, incluyéndole en el primer tomo de su colección, junto con los poemas heroicos de *Demofonte y Filis* y del *Sacrificio de Ifigenia*, ambos nunca impresos, según lo advierte el mismo Velasco.

La obra de Orozco se divide en cuatro cantos y comprende 142 octavas reales. Poco nos detendremos, por ahora, en analizar su mérito literario, sus calidades y defectos, tan diestramente juzgados ya por el Sr. Mera en la *Ojeada histórico-crítica de la poesía ecuatoriana*. En resumen, puede aseverarse que el asunto del poema, fuera de la tacha de contemporáneo, está bien escogido y es digno de ser cantado, pues significa nada menos que la gloria de una poderosa nación, largo tiempo humillada y por fin vencedora. El plan tiene unidad y la acción se desempeña bastante bien, sin embargo de la fastidiosa intervención de divinidades paganas, con su inevitable séquito de sirenas, parcas, vientos, gigantes y otros fantasmas mitológicos: último y pésimo achaque de los discípulos de Góngora. (1)

La versificación, aunque á veces sea algo dura, revela conocimiento y ejercicio de la métrica castellana. "En lo poético de la dicción, en la valentía del decir, en el número y redondez de los períodos, pocos rivales cuenta Orozco en su patria", según opina el Sr. Mera. Cuando no le domina el vicio de escuela, Orozco brilla cual verdadero poeta y luce bellezas de primer orden, como

[1] Hé aquí el argumento circunstanciado de todo el poema, contenido en las octavas que se señalan:

CANTO I.—*La elección del Supremo Comandante*.—Situación lastimosa del poeta, que lejos de su patria ha puesto en olvido la poesía: por fin despiértase su numen con la fama guerrera del Duque de Crillon, cuya asistencia implora para cantarle [1-7].—Carlos III resuelve acometer una gran empresa, la reconquista de Menorca.—Elogio del Rey. [8-16].—Su vacilación acerca del jefe que ha de escoger para tal intento. [17].—Se le aparece el dios Marte, quien interpelado por el Rey, recuerda las glorias de España [18-29].—El Monarca le comunica sus dudas [30-35].—Marte le decide, indicándole para caudillo al Duque de Crillon [36-43].—El dios desaparece y el Rey queda complacido con la elección [44-45].—El Duque acepta el bastón de comandante [46].

CANTO II.—*La navegación del Mediterráneo*.—El Duque se hace cargo de la armada, surta en el puerto de Cádiz [1-3].—Neptuno se recela al mirar la flota, cuya descripción hace el poeta [4-10].—La escuadra se da á la vela, pasa el estrecho de Gibraltar y entra en el Mediterráneo [11-13].—Descripción de una terrible tempestad [14-17].—La borrasca se calma por la invocación de los nombres de Jesús y María [18-19].—Al amanecer, segura ya la escuadra, se dirige hacia la isla de Menorca [20-24].

CANTO III.—*La conquista de la isla*.—Descripción prolija de Menorca (1-7).—Desembarco del ejército en la Mezquita, y arenga del Duque á sus soldados (8-14).—Toma de Mahón: proezas del Duque y de sus oficiales Avilés, Osuna, Moreno y otros: capitulación de la isla (15-25).—Acción de gracias á Dios (26-27).

CANTO IV.—*La toma de San Felipe*.—El general inglés Murray se reconcentra con sus tropas en el fuerte de San Felipe y las anima para la resistencia (1-7).—Descripción del fuerte [8-13].—Dificultad de la empresa y resolución heroica de los españoles (14-20).—Preparativos para el asalto [21-26].—Salida de los ingleses, que son rechazados por los españoles al mando de Caro y Cifuentes [27-31].—Prosigue el asedio y se lleva á buen término [32-37].—Rendición de los ingleses [38].—Elogio final del Duque y sus compañeros (39-45).—Conclusión jocosa.

la virgiliana comparación del guerrero español con el león de África, en el canto cuarto. No escasean tampoco en el poema bellos ó ingeniosos conceptos, si no del todo nuevos, renovados por lo feliz y oportuno de la expresión.

De rey justo el renombre á mis deseos
Satisface más bien que mil trofeos.

Preferir dignamente se debería
Aquel á quien adorna y ennoblece
La ciencia militar, brillante guía
Sin la cual el valor no resplandece.

¿Qué le impide al valor lo insuperable?
¿Tal vez no conseguir? Mas eso es nada
Para quien colocó su propia gloria
En emprenderlo, más que en la victoria. [1]

Nadie ignora que asunto muy glorioso
Resalta, más que dicho, respetado;
Pues la elocuencia del silencio abulta
El mismo encomio que industriosa oculta.

Viendo que, de amistad en el combate,
Vence quien más se rinde y más se abate.

Imágenes, comparaciones, antítesis y otras figuras empleadas con maestría por el bardo riobambeño, manifiestan á qué altura se habría elevado del Parnaso, si no le faltase la buena educación literaria y el indispensable estímulo para las obras del talento. ¡Qué gallardos son estos versos de la arenga del Duque á su tropa!

Seguidme, ¡oh héroes de inmortal memoria!
El Jefe dijo, que ésta ser parece
La tierra en que fatiga transitoria
Eternos los laureles reverdece.

¡Cuánta energía y viveza en esta descripción de la plaza fuerte de San Felipe!

[1] Compárense estos versos con los del Canto de Junín:

Acometed: que siempre
De quien se atreve más el triunfo ha sido;
Quien no espera vencer ya está vencido.

Como en su centro la firmeza mora,
Como en su solio está la resistencia :
Armense todos, se arme aun el profundo,
Segunda Gibraltar la admira el mundo.

¿Cabe mejor elogio del gobernador Murray que el encerrado en estos clásicos versos?

Pues donde él mismo á la defensa se halla,
De bronce ó de diamante es la muralla.

No es menos conciso y expresivo estotro del Duque de Crillón:

Pues con ventaja en él junto divisa
Lo que en muchos se admira dividido.

Rasgos hay dignos, en un todo, de Olmedo y que no se eclipsarían en las célebres odas del cantor de Bolívar y Flores.

¿Quién eres? Del misterio corre el velo,
Y sabe que me rindo sólo al Cielo.

.....
Que á vencer ó morir se resolvieron. [1]

.....
Pródigo en el valor, del tiempo avaro,
Ni á su propio afanar treguas concede.

.....
.....rápida vuela
La Fama á publicar que en un momento,
A los impulsos de su mano airada,
Le faltó el campo y le sobró la espada.

Con todo, el poema resulta desigual, cansado y á menudo inficionado con el virus del gongorismo, por tantos años señor y dueño de la literatura española, que apenas comenzaba entonces á purificarse de su deletéreo contagio, gracias á las lecciones y ejemplos de Luzán, D. Nicolás Moratín, Cadalso y Jovellanos, cuyas obras debió de leer

[1] En el mismo Canto de Junín se lee:

..... y á la victoria
O á noble y cierta muerte se apresura.
..... á perecer resuelta,
Si acaso el hado infiel vencer le niega.

Orozco en Italia. Tal vez llegaron también á sus manos las primeras fábulas de Samaniego, así como los juveniles ensayos de Meléndez Valdés y D. Leandro Moratín. Para el vate riobambeño, sin embargo, Verdejo y Llamosas eran poetas incomparables, como lo da á entender en su romance ya citado.

¡Duro lance para mí,
Que se miren en cotejo
Mis densas sombras unidas
A la luz de tales Febos!

.....
¡Me pone á mí con Llamosas,
Con Lozano y con Verdejo?
¡Bella unión! cuadro vistoso!
Tres gigantes y un pigmeo!

El defecto capital de *La Conquista de Menorca* es, pues, el haber sido escrita con el torcido criterio del culteranismo, el peor de todos los gustos literarios: de donde provienen oscuridad, afectación, impropiedades y las otras manchas que la afean. ¿Cuánto no habría mejorado Orozco su obra, si la escribiera, imitando los últimos modelos que le presentaba España? Pero la costumbre intelectual se forma, lo mismo que la material y moral, al tenor de las cosas que se miran, se gustan y repiten durante la juventud. Así y todo, *La Conquista de Menorca* es el ensayo más importante de nuestra naciente literatura y como tal merece ser conocido y estudiado, y sus numerosas bellezas no deben echarse al olvido ni desdeñarse por los ecuatorianos, amantes de la Patria.

Reproducimos á continuación, ajustándonos, con ligeras variantes, á la forma en que lo sacó á luz el Sr. Mera, (1) y anotando algunos pasajes para su mejor inteligencia. Irán, de seguida, el romance del P. Orozco al P. Velasco, que es de mucho precio para la biografía de nuestro primer historiador, y unas seis octavas reales, hasta hoy inéditas, sobre los *Sentimientos de un pecador contrito*, obra del

(1) En algunos pasajes, hemos restablecido el texto original del Manuscrito; en otros muy pocos hemos cambiado lo que, á nuestro juicio, fué mero *lapsus cælamii*; pero entonces va anotada al pie la versión primitiva: el lector juzgará si hemos errado ó acertado. Respecto á la puntuación, hemos puesto particular cuidado en fijarla, de modo que sirva para la recta comprensión del sentido: nadie ignora cuán esmeradamente se la debe señalar en los obras poéticas, para facilitar su inteligencia.

mismo Orozco, entre las cuales se distingue la siguiente.

De contrición, mi Dios, deshecho en llanto,
Abro los ojos que cerró la ofensa;
Y miro la distancia, con espanto,
Que hay del culpado á tu bondad inmensa:
Esta apura mi amor y dolor tanto,
Que elijo, por dichosa recompensa,
Aún del infierno los tormentos mismos
Antes que de la culpa los abismos.

De la vida de este nuestro poeta escasean tanto las noticias auténticas, que se ignora donde pasó sus últimos años, y en cual de las ciudades de Italia falleció y fué sepultado. [1] Lo cierto es que, en 1790, cuando el P. Velasco recopilaba su Colección, todavía existía Orozco, puesto que alcanzó á agradecer á su pariente y paisano. ¿Sobrevivió hasta oír la terrible noticia de la ruina de su villa natal? Nada sabemos, y es preciso resignarnos á esta ignorancia, mientras algún paciente y venturoso investigador no logre desenterrar de los archivos de Italia ó España otros datos sobre los jesuitas ecuatorianos del siglo XVIII.

MANUEL MARÍA PÓLIT.

ÁREA HISTÓRICA
LA CONQUISTA DE MENORCA,
POR D. JOSEF OROZCO. (2)

ARGUMENTO.

Hallándose la isla de Menorca, antigua posesión de España, en poder de los ingleses, fué conquistada por el Sr. Carlos III, el año de 1782, bajo el comando del Excmo. Sr. Duque de Crillon y de Mahón, Grande de España, Gran Cruz de la Real Orden de Carlos III, Capitán General de los Reales Ejércitos, etc. etc., á quien la dedicó su Autor esta obra, dividida en cuatro cantos, el mismo año 1782. (3).

(1) Por cierto epigrama latino del P. Orozco contra una señora de Ravena, sospechamos que residió algún tiempo en esta ciudad: si así fuese, debió de vivir junto con el P. Viescas, émulo suyo en poesía.

(2) MS. de Faenza, tom. I, págs. 191-288.

(3) "Pocos años después se encendió la famosa guerra entre la Inglaterra y la Francia, con motivo de la propensión que el rey cristianísimo Luis XVI había manifestado á favorecer la insurrección de las colonias americanas; y el gabinete de Ver-

CANTO PRIMERO.

LA ELECCIÓN DEL SUPREMO COMANDANTE.

I

Musas del Pindo hispano, mis errores
 Discretas disculpad, que yo no puedo
 A esa cumbre llegar, ni á los honores
 Que á vuestras sienas con envidia cedo:
 Mal de la docta rama los verdores
 Solicitara, pues distante quedo
 De ellos, que siendo en su desdén fugaces,
 Ni á seguirlos mis ansias son capaces.

II

Como en contrario clima degenera
 No pocas veces desgraciada planta,
 Aun cuando cuidadoso más se esmera
 En su cultivo aquel que la trasplanta:
 Tal mi Musa infeliz en extranjera
 Región se ve degenerar, si canta;
 Aura nativa faltale, y con ella
 El dulce influjo de benigna estrella.

salles apuró todos los recursos de su política para inducir á Carlos III á que tomase parte en ella en virtud del pacto de familia, persuadiéndole á que había llegado el momento de humillar el orgullo de aquella nación, que se había arrogado el dominio de los mares. No era el monarca español el menos interesado en que esto se verificase, y por otra parte deseaba una ocasión de arrancar del poder de aquellos insulares los puertos de Gibraltar y Mahón, perdidos desgraciadamente en la guerra de sucesión de Felipe V.

“Por desgracia las primeras operaciones de esta guerra no fueron muy lisonjeras para España.

“Bien conocían las dos cortes aliadas que era de suma importancia hacer la guerra con el mayor vigor en América, donde era posible extender sus conquistas, y arajar finalmente á los ingleses del golfo mejicano, en que se habían mantenido tantos años; pero Carlos III no podía tampoco perder de vista el recobro de unas plazas tan importantes como Gibraltar y Mahón. La expedición destinada contra esta última, á las órdenes del duque de Crillon, ocupó desde luego toda la isla de Menorca, á excepción del fuerte de San Felipe, al cual se puso inmediatamente sitio, cuidando de asegurar todas las calas ó senos del mar, por donde su gobernador Murray hubiera podido recibir refuerzos. Sería molesto describir menudamente todos los acontecimientos de este asedio, la intrepidez de los agresores y defensores, la pericia de los ingenieros, y sobre todo la dirección de los jefes principales. Baste decir que, después de una porfiada y vigorosa resistencia de más de ocho meses, en que sitiadores y sitiados dieron señaladas pruebas de su valor, se vió la plaza en la necesidad de rendirse, como lo ejecutó en 4 de febrero de 1782, quedando el general enemigo prisionero de guerra con toda la guarnición. De este modo volvió Menorca al dominio español reinando Carlos III, después de haber estado separada de él por espacio de setenta y cuatro años. Los isleños conservaron sus propiedades y privilegios; y fueron convidados á disfrutar de la bondad del Soberano hasta aquellos que estaban armados con bandera enemiga para hacer el corso”.

(Ascargota: *Compendio de la Historia de España*).

III

Por cuatro lustros en su obscuro seno
Un letargo funesto me oprimía,
Teniéndome apartado del ameno
Comercio de las Musas, de que huía:
Cuando marcial estrépido, cual trueno,
El estro despertó que en mí dormía,
Mientras que desvelados mis pesares
Bogaban de mis ojos en los mares.

IV

Del patrio reino la ruidosa fama
El peso aligeró, de que oprimido
Ví ya confusa y trémula la llama
Casi apagarse en mí de lo entendido:
El triunfal viva, con que el orbe aclama
Al gran Bertón, aquel estruendo ha sido;
Que hechicero poder de patriotismo
Pudo en mí tanto, que volví en mí mismo.

Este pues entre júbilos me obliga
A divorciar la necia pesadumbre,
Que, cadena de horror, al alma liga
Cuando le ofusca su preciosa lumbre.
Con paz de mi dolor vuelvo á la amiga
Deliciosa estación, si no á la cumbre,
A lo menos al pie: probaré en tanto
Si me hospeda otra vez amigo el canto.

VI

No el místico cristal, que la eminencia
Baña del Pindo, músico risueño,
Libar presumo; no, que en apariencia
De fugaz nieve, incendio es halagüeño.
Ardor más vivo imploro en la asistencia
Del Héroe, de quien canto el desempeño:
El me influya su ardor; que así presumo,
Que por suyo el acierto será sumo.

VII

Del Duque excelso el inmortal coraje
Y la ciencia me inspiren al intento;

Que unir sabrán, en bello maridaje,
La dulzura y terror en mi instrumento.
De délfica deidad con el visaje,
Al numen disfrazar supo sangriento:
Deba pues, de su influjo á la armonía,
De Apolo y Marte ser mi melodía.

VIII

Del gran Carlos el alto entendimiento
(Sol en agosto cielo) cierto día
Cruzó con luminoso movimiento
La extensión de su vasta monarquía.
Bien que viese que de ella el lucimiento
En perpetuo cenit se mantenía,
Darle quiso, con una nueva empresa,
Lucimiento mayor á su grandeza.

IX

Del sublime designio á la medida,
No estar ceñido á límites enseña
Su poder, en la fuerza desmedida
Militar, en que pródigo se empeña;
A la inmensa riqueza difundida
Inexhausto el erario desempeña,
Siendo la misma profusión del oro
De su regio esplendor mayor tesoro.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

X

Ardua empresa es decir cuál fuese á punto
La luminosa armada, que mi acento,
Al cantarla admirable en el conjunto,
Restaura en pasmos su perdido aliento:
En él la admiración encuentra junto
Cuanto, con su facundia y fingimiento,
Grandiosa en otros inventar podría
Licenciosa y brillante fantasía.

XI

No del feliz Perú preciosas venas
Tantas riquezas á la Europa han dado,
Que excediendo del mar á las arenas
De la gran madre el cuerpo han circulado,
Cuantas son (casi de guarismo ajenas)
Las que regia opulencia ha derramado,

Para mayor decoro de la armada
Al arduo desempeño destinada.

XII

Grecia, la antigua Roma, el otomano,
Y cuanto las historias de eminente
Decirnos pueden del poder humano,
Ceder sin queja deben al presente.
Basta decir: fué empeño soberano
De aquel Monarca sumo, en cuya frente
Aun son corto diadema los imperios
Que ilustra el sol en ambos hemisferios:

XIII

De aquel Monarca invicto y poderoso.
Carlos tercero, el sabio, el admirado. . . .
Aquí suspender debo el armonioso
Acento, reverente y asombrado:
Nadie ignora que asunto muy glorioso
Resalta, más que dicho, respetado;
Pues la elocuencia del silencio abulta
El mismo encomio que industriosa oculta.

XIV

Carlos tercero sí, mas sin segundo,
Vuestra gloria aplaudir sólo callando
Podré con el respeto más profundo,
Pues que sólo errar mucho puedo hablando:
Mudo mi labio será más facundo
En encomiaros dignamente, cuando
De vuestros timbres en inmenso abismo
Zozobra absorto aun el asombro mismo.

XV

Disculpad, como padre compasivo,
Este mi arrojo temerario y grave.
A callar, el respeto es gran motivo;
Mas el silencio en tanto amor no cabe;
Entre amor y respeto decisivo
El choque fué: mi pecho bien lo sabe;
Que en él gigantes ambos combatieron,
Y mutuamente siempre se vencieron.

XVI

De Menorca esculpida en su real pecho
Lleva el Monarca la indeleble historia,

A que vió mantener mejor derecho,
Según publica á voces la memoria;
Y sabio resolvió, que con un hecho
Más decisivo y digno de su gloria,
Borrarse de sus héroes el coraje
El de la cruel fortuna antiguo ultraje.

XVII

Mas, en la misma copia prodigiosa
De campeones, perpleja considera
La regia comprensión cosa por cosa,
Y cuál de tantos al bastón prefiera:
De méritos la lid si admira hermosa,
Crece su duda más; porque pondera
De cada cual prerrogativas tales,
Que todos le parecen ser iguales.

XVIII

Equilibrada así la competencia
Estaba, cuando, con prodigio claro,
De Carlos en la angusta residencia
Se dejó ver un personaje raro:
A reprimir su intrépida violencia
No bastando de guardias el reparo,
Libremente sus pasos encamina
Al gabinete en donde al Rey se inclina.

XIX

Su aspecto, horror; sus ojos fulminantes
De amenazas y estragos giran llenos;
Sus acentos y voces resonantes
Idioma son de articulados truenos;
Membruda emulación de los gigantes,
Con su gran mole tiemblan los terrenos;
Y oprimidos los pueblos gimen tanto,
Que de sangre en torrentes va su llanto.

XX

Un morrión es la pompa de su frente;
La de su diestra, un penetrante acero
Todo manchado en sangre, que caliente
De su sed refrigera el ardor fiero;
Su hórrido traje avisa que igualmente
Es de hierro fatal su genio austero;

Pues, mostrando el odiar la paz del hombre,
Se jacta de tener este renombre.

XXI

Si á vulgar perspicacia, inexorable
Por su cruel apariencia se presenta,
De la razón á veces amigable
Y poderoso defensor se ostenta:
No lleva siempre, no, la lamentable
Venda de la ignorancia turbulenta;
Tal vez observa bien, como conviene,
La equidad de la parte que sostiene.

XXII

El Monarca, muy lejos del espanto
Que al más invicto ocasionar debiera
Tal objeto, lo mira sin quebranto
De su quietud serena y placentera;
Del vestiglo extranjero observa, en tanto,
Traje, aspecto y divisas: quién pudiera
Ser, bien lo advierte, y dícele severo:
“¿Qué pretendes aquí, marcial guerrero?”

XXIII

“¿Cómo ó por qué de mi mansión sagrada
A violar los respetos te atreviste?
¿Tal vez de la más alta y adorada
Suprema Potestad nuncio veniste?
Si tal eres, declara la embajada
Y el fin arcano que en venir tuviste.
¿Quién eres? Del misterio corre el velo,
Y sabe que me rindo sólo al Cielo”.

XXIV

“Marte soy, le responde, aquel terrible
Genio ó numen sangriento de la guerra:
Esta espada es el yugo que insufrible
Hace gemir el mar, gemir la tierra.
Mi presencia, que os debe ser plausible,
No otro arcano que gratitud encierra;
Pues tengo vinculada yo mi gloria
De las armas de España á la memoria.

XXV

“Más que amigo, deudor agradecido
A vuestro grande imperio me declaro;

Mi aplauso por sus armas desmedido
En nuevos mundos resonó más claro:
Su dominio, * sin límite extendi'o,
Al del sol justamente lo comparo;
Pues pudo victoriosa su bandera
Las distancias medir de su carrera.

XXVI

“Con ruidoso silencio los anales,
Con muda voz los ricos monumentos,
En tinta y bronces hacen inmortales
Del brazo iberio insignes vencimientos;
Testigo soy, y afirmo que son tales
De sus héroes los hechos y portentos,
Que, en valor sin igual y en la constancia,
Hacen del reino una común Numancia.

XXVII

“Se dilata en dos mundos poderoso
De vuestros campeones el heroísmo,
Sosteniendo el imperio más famoso,
Donde mayor me encuentro yo á mí mismo.
¿Qué mucho, que solícito y ansioso
De mi gloria mayor en el abismo,
Yo pretenda, fiel Marte, que en su empeño **
Haga mi gratitud el desempeño?”

XXVIII

“Minerva como yo, como yo Astrea
Reconoce su deuda cual conviene,
Y grata cada cual se lisonjea
En el sumo esplendor que por vos tiene.
De valor, ciencia y equidad, pelea
El poder triplicado, de que os viene
Gloria inmortal, no halago de fortuna,
Luz permanente, no esplendor de luna :

* El MS., con el cual se conforma la edición del Sr. Mera, dice: *Mi dominio*. Véase cómo el cambio de un adjetivo posesivo puede trocar en orgullosa jactancia un elogio magnífico, que además contiene delicada alusión al dicho del mayor Monarca español; por otra parte, la imagen final que, prescindiendo del uso ambiguo de *su*, es tan valiente y hermosa, pierde todo su mérito si la bandera es de Marte y no de España.

** En el MS. se lee:

Pretenda de fiel Marte, que en su empeño.

XXIX

“De luna, que al esmero de favores
De quien su gala argenta é ilumina,
Crece, y cuanto más crece en esplendores,
Tanto más á la mengua se avecina.
No así cuando resaltan los primores
De una fuente de luz que no declina,
Como la vuestra, que perenne crece
Por sí misma, y dos mundos esclarece”.

XXX

Dijo; y, con agradable cortesía,
El grande Carlos reconoce en Marte
La atenta y obsequiosa bizzarria
Que al reino encomios liberal comparte;
Viendo pues que propicio le sería,
De su indecisa duda le da parte,
Haciendo que, por justo y por severo,
Fuese su fiel privado consejero.

“Veniste, dijo, al tiempo que mi idea,
En tantas dudas más que detenida,
Ya se confunde, ya se lisonjea,
En la bella contienda divertida;
El mérito sublime la recrea
De mis héroes, si bien entretenida
Y suspensa esto mismo tiene al alma,
A un tiempo en dulce y turbulenta calma.

XXXII

“Preferir dignamente se debría
Aquel á quien adorna y ennoblece
La ciencia militar, brillante guía
Sin la cual el valor no resplandece:
Una ciega é intrépida osadía
; Oh cuánto las empresas obscurece!
Pues que de la ignorancia los arrojos
Son de sí mismos trágicos despojos.

XXXIII

“La ciencia sin valor no desempeña
El crédito de un jefe esclarecido:

El que sin alas en volar se empeña,
De necio yerra más que de atrevido;
Así razón, así experiencia enseña
Ser aquel que, de ciencia enriquecido,
Del valor no se adorna necesario
A rebatir el ímpetu contrario,

XXXIV

“Arte eximia y valor, los principales
Apoyos que á mis armas dan decoro,
Se elevan en el precio á ser iguales,
De la equidad con el mejor tesoro:
De una injusta violencia los triunfales
Aplausos sólo sirven de desdoro;
De Rey justo el renombre á mis deseos
Satisface * más bien que mil trofeos.

XXXV

“Cedo esta vez la decisión dudosa
A tu experiencia y sin igual cordura:
Mi mente inquieta en ellas se reposa
Tranquila, y los aciertos asegura;
De mis guerreros en la copia hermosa,
Elegirás aquel cuya estatura
Alta en valor, en equidad y en arte,
A tí mismo te deje absorto, Marte”.

XXXVI

“Comprehendo bien, ¡oh sabio Soberano!
Vuestros designios, dijo Marte, y veo
Que de mil héroes la invencible mano
Llena el espacio inmenso á mi deseo;
Más allá remontada de lo humano
En contemplarla, es mi mayor recreo;
Por lo que será fácil que yo emprenda
Hallar al que queréis que me sorprenda.

XXXVII

“Mi gratitud atenta se previene
Al desempeño de la empresa, y llama

* El MS. dice *satisfacen*. Bastará atender al sentido y la concordancia, para aceptar nuestra variante. El propio MS. trae á delante de *mis deseos*.

El mejor testimonio que ésta tiene
En el grito sonoro de la Fama:
Cuanto de Europa el ámbito contiene,
Pregonero sus méritos aclama;
Y el eco que repite todo el mundo,
Al Héroe me señala sin segundo.

XXXVIII

“Mi justa aprobación lo solemniza
De gloria sin igual enriquecido;
Pues con ventaja en él junto divisa
Lo que en muchos se admira dividido;
Ni más brillante, ni mejor divisa
Jamás á un héroe tanto ha distinguido
Como la suya, á cuyo solo nombre
No habrá quien justamente no se asombre.

XXXIX

“Valor, ciencia, equidad, son ornamento
Digno del general que se pretende:
Juntas y en competencia, á vuestro intento,
Las descubro en aquel que me sorprende;
Entre sí cada cual el vencimiento
Y bello exceso en amistad contiene;
Eximias y sublimes en su altura
Solemnizan del Héroe la estatura.

XL

“El vuelo de sus méritos excede
Con sus remontes la más alta esfera,
Adonde apenas acercarse puede
La idea más facunda y lisonjera.
A sus prerrogativas se concede
Que, si elevar alguno se debiera
Entre los semidioses por guerrero,
El Duque de Crillon fuera el primero.

XLI

“Éste es, sabio Monarca, el valeroso
Campeón que Providencia os lo previno.
A su diestra librad vuestro reposo,
Pues que de Marte fiel os lo destino:

Comprobará más bien el venturoso
Exito cuánto mi elección convino,
Y quedarán mis grandes expresiones
Inferiores del Duque á las acciones.

XLII

“Su rubor generoso se querella
Que á su modesta frente le es deforme
De sus encomios la corona bella,
Que le tejió verídico mi informe:
De sí misma se queje; pues que de ella
Atestiguan sus hechos ser conforme
Al mérito, que, á par que la merece,
El mismo se confirma y se encarece.

XLIII

“El bastón de supremo comandante,
Para la empresa de Menorca, quiero
Por mí mismo poner en la triunfante
Mano del que más digno considero:
Esta mi dignación será bastante
A descifrar mejor el verdadero
Aprecio que del grande Campeón tengo,
Pues de amigo á servirlo me convengo”.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN INTEGRAL

XLIV

Dijo; y con pompa airosa gravemente
Rindió obsequio cortés al Soberano,
Protestando, al partirse reverente,
Ir, por rendido á Carlos, más ufano.
El Monarca, no menos sabiamente,
En lo discreto se excedió y humano,
Viendo que, de amistad en el combate,
Vence quien más se rinde y más se abate.

XLV

En la justa elección el Rey pondera
Retratada su mente con recreo,
Y con ella gozoso el dar espera
Cumplimiento feliz á su deseo.
La difícil conquista se acelera,
El bastón entregando del empleo

Al insigne Bertón, en cuya mano
La victoria asegura el Soberano.

XLVI

El empleo, rendido y obediente,
Acepta, y el empeño en que lo pone
El guerrero parcial, numen ardiente,
Y á mil heroicidades lo dispone.
En alas de su espíritu impaciente,
Abrevia la distancia que se opone
A ejecutar, con la mayor presteza,
De la Menorca la gloriosa empresa. (1)



(1) *Luis de Bertón de los Balbos de Quiers*, Duque de CRILLÓN-MAHÓN, pertenecía á la célebre familia piemontesa de los Balbos (*Balbi*), por la rama francesa de *Bertón*, radicada en Provenza, á la cual ilustró con gloria inmarcesible el primer duque de *Crillón*, el famoso amigo de Enrique IV de Francia, uno de los más grandes capitanes del siglo XVI. Descendiente de tan noble alcurnia, el Duque Luis nació en 1718, y á los trece años de edad sentó plaza en la compañía de mosqueteros grises; y poco después, bajo las órdenes de Villars, hizo con lucimiento la campaña de Italia. En 1734, como coronel del regimiento de Bretaña, asistió á la batalla de Parma. Se distinguió mucho en la guerra de Alemania, tomó principal y muy bella parte en la gran batalla de Fontenoy (1745), y luego, con el título de brigadier, á la frente de cuatro batallones, contuvo y venció á ocho mil ingleses en Nesle. Después de la toma de Namur, el rey le hizo mariscal de campo. Asistió á la batalla de Rocoux (1746) y, el año siguiente, acompañó al mariscal de Belle-Isle en su campaña de Italia. Durante la guerra de los Siete Años, se apoderó de Lippstadt, resistió valerosamente y detuvo á Federico II delante de Weissenfels. Comportóse con bizarría y fué herido en la batalla de Rosbach (1753); como teniente general tomó á Gotinga, y en la batalla de Lutzelberg, á la cabeza de la reserva, persiguió la retaguardia del enemigo. Por aquel entonces trataba la Francia de hacer un desembarco en Inglaterra: confióse á Crillón el gobierno de las provincias marítimas de la Picardía, el Artois y el Bolonés. Excogitó el Duque el proyecto de unas chalupas cañoneras, que no admitió el Consejo del Rey. Esta circunstancia, no menos que otros desaires que le resintieron, ocasionó su separación de aquel gobierno y el que, ganado por el conde de Fuentes, embajador de España, pasase repentinamente al servicio de esta nación en 1762. Conforme al pacto de familia, se le confirmaron su título y honores en la Península, donde alcanzó á presenciar la capitulación de la villa portuguesa de Almeida. En la guerra que se declaró á Inglaterra por Francia, y luego por España, con motivo de la independencia de los anglo americanos, el Duque de Crillón comandó la expedición contra la isla de Menorca, con éxito tan brillante que le valió el grado de capitán general y la grandeza de España, con el título de Duque de Mahón. Encargado en seguida del sitio de Gibraltar, escollaron todos sus esfuerzos contra esta plaza inexpugnable. El Rey, sin embargo, le confió el gobierno de Valencia y Murcia. Crillón no tomó parte en la guerra de España contra Francia (1793) y murió en Madrid el año de 1796, dejando numerosos hijos que sostuvieron el honor de su nombre. Del Duque de Crillón-Mahón se conservan unas *Memorias militares*, publicadas en 1791.

(Véase la *Biografía Universal*, redactada por una sociedad de literatos y sabios, y publicada en París, á principios del presente siglo; además, los *Dictionnaires* de Michaud, de Feller y de Larousse).